

Pilar Fraile
Días de euforia

Alianza editorial

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de cubierta: Lourdes Contreras

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Pilar Fraile, 2020
Publicada mediante acuerdo con VicLit Agencia Literaria
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-082-4
Depósito legal: M. 23.569-2020
Printed in Spain

«A la vista de la epidemia quizá deberíamos redefinir incluso la soberanía. Es soberano quien dispone de datos.»

BYUNG-CHUL HAN

Crecimiento

María

La culpa de todo la tienen los malditos gusanos. Si no hubieran aparecido, yo seguiría en WhiteAngel, Roger aún sería mi *match* y la sociedad en su conjunto sería más feliz.

No era más que un sueño. Pero por algún motivo no me lo podía quitar de la cabeza. Lo que me molestaba era ser incapaz de comprender la cadena de eventos. Le daba vueltas a las imágenes una y otra vez, pero no había manera de distinguir si éramos nosotros, Roger y yo, los que nos metíamos los gusanos en la boca y sentíamos su movimiento frenético en el paladar, antes de darles la primera dentellada, o eran ellos los que nos iban devorando.

Traté de olvidarme del tema. Roger decía que no tenía importancia, que era «basura cerebral». «Es como la información que se acumula en los equipos después de muchas horas de rodaje», dijo, «solo tienes que formatearte».

Se lo conté un jueves, lo recuerdo perfectamente porque los jueves teníamos nuestra sesión de sexo semanal, pero ese día, por culpa de los gusanos, cambiamos la actividad sexual por un paseo urbano.

La luz del fin del otoño era agradable y el aspecto de las calles impoluto. Todo parecía cuadrar con nuestros datos. Según el indicador de «grado de satisfacción del entorno», octubre es la época más placentera en la ciudad, a diferencia del verano, donde el noventa por ciento de los encuestados responden que les gustaría estar fuera, aunque solo el diez por ciento lo consiga. Nuestro objetivo era mejorar esas cifras.

Para eso trabajábamos, Roger y yo.

Big Data para la felicidad. Llevábamos casi un año manejando miles de bases de datos y, hasta ese momento, habíamos desarrollado siete nuevos algoritmos que los gestionaban. Éramos WhiteAngel y, como equipo, éramos invencibles.

Eso nos dijo Manuela en cuanto volcamos nuestros primeros resultados en el servidor. Nos llegó un mensaje en segundos. A veces me pregunto cómo lo hace, es la eficiencia personificada. Claro que no podría ser de otra forma, ella dirige a los siete equipos, nuestro WhiteAngel y los otros seis.

Mi mensaje decía: «Mary —Manuela sabe que María me suena anticuado. Nuestro antiguo jefe, Alois, era muy atento también, pero siempre se le olvidaban esos detalles que marcan la diferencia entre un buen jefe y uno magnífico—, estamos orgullosos de ti, este es un enorme paso para la humanidad, ¿te das cuenta? Ahora todo el mundo va a ser más feliz. WhiteAngel es invencible. Si yo fuera tú no sé si podría dormir esta noche. Abrazos y carantoñas».

Roger no me dejó leer el suyo. Claro que nuestro acuerdo no incluía que nos lo contáramos todo, solo especificaba una sesión de sexo semanal que equivale a la toma diaria de antidepresivos y no tiene efectos secundarios.

Nuestros perfiles lo dejaban claro: no queríamos pareja, nuestro trabajo era demasiado importante para andar distrayéndonos.

Fue una suerte que nuestros datos encajasen tan bien. Si no lo hubieran hecho, tendríamos que haber buscado otros *match* para la actividad sexual. Y eso nos habría obligado a concertar citas, cuadrar horarios laborales y dar explicaciones acerca del día a día —un encuentro sexual satisfactorio estable requiere de un mínimo conocimiento mutuo e intercambio de información personal—. Extenuante. Aunque también, claro, habríamos podido optar por los encuentros ocasionales, para estos no hace falta mucho tráfico de información entre los participantes. Pero requieren de, al menos, una búsqueda semanal, que es una absoluta pérdida de tiempo.

Una semana después de nuestro paseo otoñal nos dimos cuenta de que algunas de las bases de datos eran incompatibles con los algoritmos iniciales. Al final pudimos salvar solo cuatro de los once originales. No era como si hubiera que volver a empezar, pero casi.

Nuestra moral de equipo no estaba en su mejor momento. De hecho, creo que estaba en cotas tan bajas como los primeros meses, cuando no conseguíamos dar con el primer algoritmo y teníamos miedo de no pasar el periodo de prueba y que *WhiteAngel* fuera el primer grupo en disolverse.

Nada nos hubiera venido mejor aquel jueves que nuestra sesión de sexo semanal. El paseo de la semana anterior nos había servido para comprobar que nuestros resultados funcionaban y que la ciudad estaba, de hecho, muy bonita en otoño —el amarillo de las hojas de los plátanos en los bulevares, las luces de los escaparates al atardecer en contraste

con el cielo violáceo y los colores vivos de la ropa de la gente, porque ya nadie lleva colores oscuros en otoño, arrojaban un escenario armónico—, pero no nos había servido para aumentar nuestros niveles de dopamina y serotonina, que era de lo que se trataba.

Traté de convencerme de lo mucho que necesitábamos aquella sesión. Pero cada vez que pensaba en el sexo con Roger me venía a la mente la imagen de los gusanos. Eran muchos, millones quizá, moviéndose como un solo organismo, blancos o blanquecinos. Todo muy desagradable.

Durante aquellos ocho días lo había intentado todo para librarme de ellos: bloquearlos con otra imagen cada vez que aparecían —en mi caso, suelen funcionar las grandes extensiones de campo abierto—, respirar hondo llevando el aire al abdomen e intentar dejar la mente en blanco, contar hasta cien, doscientos, trescientos, mil. Nada. No se me iban de la cabeza.

Le dije a Roger que no iba a poder, que tenía una reunión familiar. No sé por qué le mentí. Nunca lo había hecho antes. Iba resuelta a contarle que no quería practicar sexo esa tarde, pero cuando me miró con esos ojos superazules fui incapaz de confesar que el sueño persistía.

No sé qué era peor: la imagen de los gusanos, que no era realmente una imagen, era más bien una sensación, como de estar siendo devorada por sus pequeñas bocas —¿tienen boca los gusanos?—, que ellos fueran devorados por mí —su baba bajándose por la garganta, ahogándose— o haberle mentido a Roger.

Las tres cosas resultaban muy desagradables.

Ya en casa, en mi falsa reunión familiar, pensé que quizá no sería mala idea llamar a mi padre. Cuando estaba a punto de marcar su número, mi cabeza, como de costumbre, empezó a funcionar sola y se imaginó la conversación:

—Hola pequeña.

—Cómo estás, papá.

—Bien, muy liado con los últimos pedidos.

Mi padre tiene un almacén de regalos. Es un negocio obsoleto que le da pérdidas, pero no hay manera de que lo cierre. Le he dicho mil veces que le sale más rentable prejubilarse y vender el local que obstinarse en tenerlo abierto y correr con todos los gastos. Él me mira y esboza esa sonrisa que solo me dedica cuando le hablo del negocio. Es una sonrisa que tiene desde que murió mamá. O a lo mejor la tenía antes, pero yo no me daba cuenta. Mamá era tan omnipresente que es difícil de decir cómo era papá antes de que ella muriese.

—Ah, vale, pues entonces no te molesto. Era solo para saber qué tal estabas.

—Vale vale, pequeña. ¿Y tú cómo estás? ¿Qué tal va esa vida de éxito?

Cuando papá habla de mi vida de éxito me da la impresión de que no lo dice en serio. Tiene, no sé cómo explicarlo, un tonillo. O quizá es el timbre de voz que se le ha quedado después de que falleciera mamá. El caso es que en cuanto lo escucho se me quitan las ganas de contarle nada.

Así que descarté la idea de llamar a papá.

A partir de nuestro segundo jueves sin sexo las cosas empezaron a ir de mal en peor. Resultó que nuestros algoritmos originales funcionaban. Nuestro error, al parecer, había sido una incorrecta exploración de los datos previos. Esto hubiera sido relativamente fácil de solucionar de no ser porque, para entonces, ya había más datos disponibles que no podíamos soslayar, porque eso hubiera ido en contra de nuestros principios. Así que tuvimos que empezar otra vez.

Supongo que no nos deberíamos de haber desanimado, porque la ciencia es así y, en realidad, nuestro fracaso nos acercaba mucho más a la verdad que un acierto falso, pero Roger estaba hundido. Traté de convencerle de que estábamos ante un nuevo reto y deberíamos estar contentos y él me dio la razón, porque mi lógica era impecable, pero no noté ningún entusiasmo en su comportamiento. De hecho, había dejado de hacer bromas y eso no había ocurrido ni en los primeros meses en los que no teníamos ni idea de qué iba a suceder.

Aunque éramos un equipo, cuando las cosas se ponían feas, Manuela escribía a Roger. No es que me molestara, pero

creo que los fracasos, como los éxitos, eran de los dos. Estoy segura, y esto me lo repito para no cabrearme, porque sería muy irracional, de que Manuela tenía una razón poderosa para escribirle a él.

Roger no me reveló el contenido del mensaje y por un segundo me dieron ganas de jaquear su cuenta. Sabía lo suficiente de él como para hacerlo, sabía que cuando era pequeño tenía un perro al que adoraba y que lo sacrificaron el día que se graduó del instituto. Se llamaba Buf, que es como Roger solía llamarlo antes de que aprendiese a hablar. Sabía que le gustaba mucho la física y que soñaba con viajar a Andrómeda y establecer allí una colonia, como Tales de Mileto, uno de sus ídolos, pero cuando se hizo mayor dejó de soñar con hacerse astrofísico e ir a Andrómeda, porque había muy pocos puestos de trabajo y, además, no era un sueño muy realista, así que se dedicó a la matemática pura. Hubiera apostado la mano derecha a que su contraseña era TalesAndromeda_17. Pero jaquearle la cuenta habría sido caer muy bajo, y, lo que es peor, podía hacer que me despidieran.

Manuela estaba contenta con nosotros; al parecer, no había nada de qué preocuparse. Sugirió que añadiéramos los nuevos datos y procediéramos con calma. La ciencia no tenía prisa.

Entonces, solucionado. Todo estaba bien. Íbamos a seguir buscando la verdad para hacer que la gente fuera más feliz.

Pero Roger seguía apagado. Era nuestra cuarta semana sin sexo. La semana anterior yo había puesto la excusa del dentista y estaba claro que Roger necesitaba sus endorfinas y su dopamina y su oxitocina, así que me acerqué a él. Normalmente trabajábamos en mesas contiguas, para poder ir chequeando nuestros progresos sin necesidad de mover-

nos, pero desde hacía unos días él se había trasladado a la mesa que tenemos frente al ventanal, por si llegaba un tercer miembro.

Cuando se formó el WhiteAngel, Manuela nos dijo que nos faltaba un tercer miembro, que estaban en el proceso de selección, pero luego, cuando empezamos a arrojar resultados, consideró que funcionábamos muy bien solos y que no era necesario nadie más.

Fui hacia el ventanal y le dije:

—Roger.

No reaccionó, parecía absorto en la vista de la ciudad. Se había sentado, de hecho, de cara a la cristalera, y no mirando hacia nuestras mesas, como originalmente estaba diseñado ese puesto. Esto me había disgustado, pero qué podía hacer.

Como no decía nada, le toqué ligeramente el hombro. Su cuerpo estaba caliente. Era el mismo cuerpo que había estado acariciando y besando esos últimos meses. El mismo cuerpo atlético que me había proporcionado tanto placer. No podía entender por qué ya no me apetecía. La mente humana es un misterio. Menos mal que estamos en el camino de desentrañarla y hacer que cese toda esta incertidumbre.

Se sobresaltó un poco. Estaba como hipnotizado con el tráfico de la avenida que se veía desde la cristalera. Esas filas de luces blancas y rojas, como una bandera en perpetuo movimiento, resultaban bonitas en ese momento del atardecer.

—Dime.

—Mira, he estado pensando.

—Mmm.

—No sé por qué no me siento con ganas de tener encuentros sexuales contigo. No es por ti, de verdad, tú eres un amante óptimo.

Roger se ruborizó un poco cuando dije esto y no entendí muy bien por qué. Es verdad que nunca habíamos verbalizado lo que nos parecía el otro como pareja sexual, pero se daba por hecho que encajábamos. Cuando se le pasó el rubor me miró interrogante, o quizá no era interrogación lo que había en sus ojos. Era difícil de descifrar. En ese tipo de situaciones es cuando envidio a esa gente a la que se le da tan bien desentrañar las expresiones faciales de los otros. Afortunadamente pronto vamos a tener *softwares* precisos de reconocimiento facial para ayudarnos en los encuentros sociales. Cuántos malentendidos vamos a evitar.

Pero mientras tanto tenía que arreglármelas, así que decidí que sí, que la mirada de Roger era de interrogación.

—He pensado que deberías buscar otro *match*.

La expresión de Roger cambió ligeramente. ¿Era sorpresa? ¿Era enfado? ¿Qué debía hacer?, ¿preguntarle? ¿No es inapropiado preguntar a alguien si está enfadado? ¿No haría eso que se enfadara más? Dios mío, qué difícil me resultaba todo. Me decidí por la sorpresa porque, por más que hacía balance, no encontraba ninguna razón lógica para que estuviera enfadado. Así que sí, tenía que ser sorpresa. Tampoco encontraba motivo para que se sorprendiera tanto, pero me parecía una reacción mucho más leve y acorde a las circunstancias. Al fin y al cabo, yo solo estaba pensando en el bien del equipo.

Roger, superando la emoción que lo tenía paralizado, contestó:

—¿Otro *match*?

—Sí, por lo menos hasta que yo me recupere.

No quería mencionar el asunto de los gusanos, porque eso me obligaba a dar unas explicaciones que no es que no

quisiera dar, es que no podía, porque ¿qué asunto era ese exactamente?

Empecé a sudar por las axilas y agradecí haberme puesto el doble de desodorante. Desde que había empezado a soñar con los gusanos mi olor corporal era más intenso. Me duchaba dos veces al día y me ponía extra de espray todas las mañanas y, aun así, ese olor acababa venciendo al final de la jornada. Era realmente molesto.

Me alejé un poco de él, para que no notara que ya estaba traspirando. Justo en ese instante se levantó y se dirigió a mí. Al ver que me movía se detuvo y dijo:

—Pero ¿qué?

¿Qué tenía yo que decir ante esto? ¿Cuál era su duda? Me puse a sudar de verdad. ¿Es que no me había entendido, es que no le parecía adecuado? ¡Por dios, lo bien que me hubiera venido algo de asistencia técnica!

—Sí, mira, tú te buscas otro *match*. Ya sé que es un engorro cuadrar horarios y todo eso, pero seguro que encuentras una rápido, al fin y al cabo eres un hombre joven y atractivo. —Roger me miró fijamente y yo seguía sin saber qué quería decir esa mirada, si era interrogante o desafiante. No había manera de saberlo, así que opté por interrogante. Era lo más lógico—. Un hombre de tu condición es el que lo tiene más fácil para encontrar un *match*, según los datos.

Roger me miró con sorpresa. Me vi en la obligación de decir algo para que esa situación —que tenía que haber sido una simple conversación entre colegas— se aclarara.

—Nuestro trabajo se está resintiendo y yo creo que es porque no tenemos buenos niveles de neurotransmisores. Lo mío no sé cómo lo vamos a solucionar, ya lo pensaré, pero lo tuyo tiene fácil arreglo. O sea: otro *match*, para subir los niveles.

Roger volvió sus ojos hacia mí y me dio la impresión de que algo dentro de su azul infinito se había apagado. Pero luego, de repente, una luz los iluminó y dijo:

—De acuerdo.

Yo me alegré mucho de que sus ojos claros volvieran a brillar y me volví a mi mesa.

Que Roger hubiera encontrado una sustituta debería haberme animado, pero, en lugar de eso, las escenas de él con su nuevo *match* se mezclaban en mi mente con las de los gusanos —su baba acariciando mi piel, mis fosas nasales—. Claro que la culpa la tenía yo por pedirle que me enseñara su perfil: era una rubia que habían contratado en la Datayou. Tenía los ojos muy claros, como los de Roger. Las escenas de los dos besándose no cesaban de dar vueltas en mi cabeza. Veía a Roger acariciándole los muslos a ella —eso era lo que más me gustaba a mí—; a ella acariciándole el pelo a él —esa era una de las cosas que más le gustaba a él—, luego todo se enturbiaba con la baba de los gusanos ascendiendo desde mis pies hasta mis rodillas, cubriéndome con su baba pegajosa y repugnante que, contra todo pronóstico, me hacía sentir bien.

Mis problemas, en vez de desaparecer, se habían multiplicado: por un lado estaba esa sensación de hundimiento, como si los gusanos me estuvieran arrastrando a su mundo baboso, subterráneo, por otro, las imágenes de la rubia y Roger y, para rematar, la falta de resultados.

El descenso en la productividad —nuestra gráfica estaba en el momento más bajo desde que empezamos—, la baba y las imágenes de la rubia empezaron a afectarme.

Uno de los problemas, sin embargo, se solucionó enseguida. Manuela colocó a la rubia en la antigua mesa de Roger. Nos mandó un mensaje a los tres: «Ya era hora de ocupar ese sitio vacío, tres mentes siempre piensan mejor que dos, espero que os divirtáis».

Así que ya no tenía que imaginármela, la tenía delante.

En persona era aún más guapa que en su perfil. Su piel relucía, no solo porque no llegaba a los treinta, sino porque la actividad sexual con Roger estaba resultándole de lo más provechosa. Cada vez que levantaba la cabeza y la veía recordaba que llevaba seis semanas sin sexo y que, probablemente, todo lo que me sucedía era porque mi cerebro estaba muerto de hambre, chillando por sus endorfinas y su dopamina.

Roger, sin embargo, estaba mucho más animado. Había vuelto a hacer bromas acerca de la droga como factor que mueve el mundo, sugería que la metiéramos en las estadís-

ticas. La rubia se reía con una risa pura, cristalina como sus ojos, como los ojos de Roger, pero yo no lo lograba, mi cerebro estaba haciendo aguas.

Las escenas de los dos juntos me asaltaban en cuanto cerraba los ojos por la noche. Me los imaginaba en la cama de ella —a Roger no le gustaba el sexo en su casa, decía que no estaba organizada—. Era una blanca, la cama Gaspard con cajones en la base que le dan aspecto de aparador antiguo, porque la rubia era muy chic, y además era *junior*, así que con su sueldo lo mejor que podía permitirse era mobiliario de Ikea, de buena gama, pero de Ikea. Pensaba en esa decoración y casi sentía añoranza de mis años como *junior* en mi primera empresa, apenas llegaba para pagar el alquiler, pero había esa alegría del comienzo. Veía a la rubia sentada sobre él —era la postura favorita de Roger— y él con los ojos en blanco —se le ponían así de manera involuntaria cuando algo le gustaba mucho—, sujetándose con una mano al cabecero de madera de listones de Ikea —ella había comprado ese porque era funcional y le daba a la habitación un aspecto ordenado y tranquilo— y con otra agarrándole el culo, porque el culo era lo que más le excitaba. Y entonces ella soltaría un gemido, y él se encendería más y los dos se fundirían en un derroche de dopamina, endorfinas y oxitocina que los mantendrá a tope toda la semana.

Roger y la rubia empezaron a arrojar resultados, yo seguía en dique seco. Habían dado con un algoritmo que tenía la capacidad de organizar los datos nuevos. Nuestra productividad subió, no recuperamos nuestros niveles óptimos, pero salimos del bache, habíamos llegado a estar a la cola de los siete equipos.

Manuela nos mandó un mensaje a los tres: «Bien hecho, chicos, no sé cómo lo habéis logrado pero vais por el buen